

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

LITURGIA.

Tercera serie.

ARTICULO 5.º

De los oficios del Jueves Santo.

El sacristan deberá preparar las cosas siguientes: En el altar, frontal blanco, el mas precioso que tenga la iglesia; la cruz del altar cubierta con velo blanco; seis, ó á lo menos cuatro, candeleros con velas blancas, y el misal sobre el atril en el lado de la Epístola. Sobre la credencia deberá colocarse el cáliz para la misa con velo y bolsa de corporales blanca, y dos hostias; otro cáliz además, si le hubiere, con pátia, patena, velo y cinta de color blanco, un copon con formas para consagrar en la misa, para la comunión del pueblo y de los enfermos; las vinajeras y lababo; la cruz parroquial con velo morado, y manga blanca; incensario y naveta con incienso; paño de hombros de color blanco, otro para la comunión del pueblo, y la matraca ó carraca para tocarla al tiempo de la elevación, y para anunciar las Ave-Marias al medio día. Al lado del Evangelio deberá tambien colocarse el palio de color blanco para la procesion. En la sacristía, además de las sobrepellices para los asistentes, deberá prepararse amito, alba, cíngulo, maní-

pulo, estola, casulla y capa de color blanco; además una estola morada, fuego para el incensario, y hachas ó velas para la procesion. Si además del pueblo hubiesen de comulgar algun diácono ó sacerdote, se preparan para ellos otras tantas estolas blancas. En el monumento deberá haber una arquita ó sagrario con su llave para encerrar allí el cáliz con la sagrada hostia, corporales estendidos dentro de este sagrario, y otros sobre el altar; y unas gradillas, si fuesen necesarias; para que pueda el celebrante subir el Sacramento á la expresada arca ó urna. La capilla en donde se coloque el monumento debe adornarse del mejor modo posible con luces, y colgaduras que no sean negras.

§ I.

De la Misa hasta la Procesion.

A la hora conveniente se tocará á misa como en los dias mas solemnes para llamar al pueblo. Los clérigos, ó el sacristan, revestidos ya, preparan cada cosa en su lugar como se ha dicho arriba: en el interin, el párroco confiesa ó reconcilia á los que hubiesen de comulgar en la misa. A tiempo oportuno el párroco celebrante se reviste en la sacristía de los sagrados ornamentos de color blanco. Cuando se viste el cele-

brante, el sacristan enciende las velas del altar donde se ha de decir la misa, estiende los corporales en medio de él, y sobre ellos colocan el cáliz para la misa, y detrás del cáliz el copon de las formas de los que hubiesen de comulgar. Revestido ya el preste y hecha á la cruz la debida reverencia, saldrá á la iglesia precediéndole el turiferario, y acompañado de los dos acólitos cerofentarios con sus ciriales, juntas las manos delante del pecho y cubierta la cabeza con el bonete. Comienza la misa como en los dias mas solemnes, pero no dice en ella el salmo *Judica me Deus, etc.*, ni tampoco *Gloria Patri* al introito ni al *Lavabo*; pero se dice *Gloria in excelsis*, y mientras se dice ó se canta se tocan todas las campanas de la iglesia y campanario. Y ya no se vuelven á tocar hasta el *Gloria* de la misa del Sábado santo. Al *Sanctus*, alzar, Ave Marías y oficios divinos se toca la matraca. Hoy se consagran dos hostias; una para la misa y la otra para reservarla en el Monumento para el otro dia. Y juntamente con ellas se consagran las formas necesarias para los que hayan de comulgar y para los enfermos. En esta misa se dicen los *Agnus Dei* como en las demás, pero no se da la paz. Se dicen asimismo las tres oraciones acostumbradas antes de la comunión; mientras tanto uno de los asistentes trae de la credencia al altar mayor el cáliz, dispuesto con parva, pália ó hijuela, patena, velo blanco, y cinta ó cordon del mismo color para la reserva del Monumento. El celebrante habiendo sumido el *Sanguis* cubre el cáliz con que celebró con su hijuela, y lo retira á un lado del corporal, y pone en medio de este el otro cáliz; lo descubre, y con el purificador lo estrega ó purifica por dentro y por fuera; hace genuflexion y pone la sagrada hostia en el cáliz, de tal modo que al dia siguiente sin tocar-

la, pueda ponerla en la patena. Cubre el cáliz, primero con la hijuela, despues con la patena vuelta hácia abajo, y últimamente con el velo, atándolo con la cinta blanca por entre la copa y el nudo del cáliz, y vuelve á hacer genuflexion. Dispuesto así el cáliz con la hostia consagrada, lo retira hácia la sacra ó cruz del altar, pero sin sacarlo del corporal, y pone en medio de él el copon de las formas: hace genuflexion y se retira un poco al lado del Evangelio, mirando al de la Epístola. A este tiempo uno de los asistentes, arrodillado al lado de la Epístola, comienza el *Confiteor Deo, etc.*, prosiguiéndolo en la misma postura los demás del clero y pueblo. El preste inmediatamente dice: *Misereatur vestri etc. é Indulgentiam etc.* como se acostumbra decir y hacer en otras ocasiones cuando se da la comunión. El Celebrante se vuelve al medio del altar y hace allí genuflexion: toma con la mano izquierda el copon y con los dedos pólce é índice de la derecha toma una forma, se vuelve al pueblo y dice: *Ecce Agnus Dei*, y tres veces el *Domine non sum dignus*. Se hace la comunión, teniendo cuidado el Párroco que siempre haya alguno que comulgue á esta Misa. Primero se dá en la peana del altar á los clérigos, y si entre estos hubiese algun sacerdote, se pondrá éste al cuello estola de color blanco (4). Luego en las gradas del presbiterio se da á lo restante del pueblo, primero á los hombres luego á las mugeres, estendiendo antes una tohalla, y arrimándosela cada uno al pecho al tiempo de comulgar. Habiéndose concluido la comunión, el celebrante se vuelve al altar, cubre el copon y lo reserva en el sagrario. Despues diciendo *Quod ore, etc.* y *Corpus tuum, etc.* hace genuflexion, se purifica,

(4) Si hubiese algun diácono podrá también comulgar con estola cruzada.

estrega y enjuta los dedos con el cáliz de la misa, y volviéndose al medio del altar (si es que se apartó algo de él) vuelve á hacer genuflexion y toma las abluciones. Purificado el cáliz de la misa se retira á la credencia. Se encienden las velas del Monumento: se saca y despliega el pálio, y se distribuyen las hachas ó velas á los cofrades del Santísimo, si los hay, y sino á los vecinos mas distinguidos del pueblo. El celebrante continúa lo restante de la misa, en cuya prosecucion observará lo siguiente: Purificado el cáliz, hace genuflexion, se retira al lado de la Epístola y lee ó reza la antifona del *Communio*. Vuelve al medio del altar, hace genuflexion, besa el altar, y apartándose un poco al lado del Evangelio, y mirando al lado de la Epístola dice: *Dominus vobiscum*. Vuelve al medio, hace genuflexion, se retira al lado de la Epístola, y allí canta ó reza la oracion del *Post comunio*. Acabada esta oracion vuelve otra vez al medio del altar, hace genuflexion, besa el altar, se vuelve como antes al lado del Evangelio, mirando al de la Epístola, canta ó dice el *Dominus vobiscum* y el *Ite Missa est*. Se vuelve al medio, hace genuflexion: dice inclinado el *Placeat*, besa el medio del altar, dice: *Benedicat vos* y hace genuflexion. Se vuelve al lado del Evangelio como para decir *Dominus vobiscum*: da la bendicion y sin perfeccionar el círculo, se vuelve de cara al mismo lado del Evangelio sin ir al medio del altar. Dice el Evangelio de San Juan, y hará la señal de la cruz sobre el misal ó tablilla, y de ningun modo sobre el altar. Al *Verbum caro factum est* se arrodilla hácia el Santísimo y no hácia el misal ó tablilla. Acabada la misa, el preste se vuelve al medio del altar, hace genuflexion, y por el camino mas breve se retira á la credencia al lado de la epístola. Y allí y de ningun modo so-

bre el altar, y mucho menos estando espuesto el Sacramento, se quita la casulla y el manípulo, y toma la capa pluvial de color blanco, ayudándole los asistentes.

§ II.

De la procesion del Santísimo al Monumento.

Con la capa se vuelve el preste al altar, hace genuflexion en el plano del presbiterio, sube á la última grada, ó á la peana ó tarima del altar, y allí hace arrodillado oracion por un breve rato. Uno de los asistentes trae el incensario con fuego y la naveta con incienso, y va adonde está el celebrante. Esté se levanta, y sin bendecir ni decir nada echa el incienso en el turíbulo, ministrándole la cucharita un acólito sin los ósculos acostumbrados. Sube el preste las gradas del altar mayor, y arrodillado en el plano de la tarima ó peana inciensa al Santísimo que está en el cáliz. Despues toma ó le ponen la banda ó paño de hombros, y levantándose se acerca á la mesa del altar, se arrodilla, ó hace genuflexion. Se levanta, y para mayor seguridad asegura mejor el velo del cáliz con la cinta blanca. Toma el cáliz con la mano izquierda por el nudo, cogiéndolo con la banda; pone la derecha sobre la patena, y uno de los asistentes estiende las estremidades de la banda cubriendo con ellas la mano del preste; éste con el cáliz así tomado se vuelve de espaldas al altar y de cara al pueblo, y comienza el Hymno: *Pange lingua*, etc. La procesion se empieza por el lado contrario ó por lo mas distante del Monumento, da vuelta por toda la iglesia sin salir fuera de ella, y se ordena de este modo: Va primero el estandarte ó insignia del Viático, si lo tuviese la iglesia. Los cofrades del Santísimo ó de la Vera cruz con sus velas

encendidas, ó en defecto de éstos los vecinos mas distinguidos y piadosos. La cruz procesional que lleva el crucifera-rio, acompañado de dos acólitos con sus ciriales encendidos. El turiferario, que irá á la mano izquierda del preste, de medio lado, con el incensario continuamente humeando. El pálio, que llevarán los clérigos, si los hubicse, ó sino los vecinos mas honrados y nobles; y los mas dignos llevarán las varas mas próximas al Señor. El preste caminará bajo el pálio con mucha modestia y gravedad; teniendo cuidado alguno de los asistentes de levantar las estremidas del pluvial cuando sube ó baja alguna grada, y todos irán cantando ó rezando el siguiente.

HYMNO.

Pange lingua gloriosi
 Corporis mysterium,
 Sanguinisque prætiosi,
 Quem in mundi prætium
 Fructus ventris generosi
 Rex effudit gentium.
 Nobis datus, nobis natus
 Ex intacta Virgine;
 Et in mundo conversatus,
 Sparso verbi semine,
 Sui moras incolatus
 Miro clausit ordine.
 In supremæ nocte cœnæ
 Recumbens cum fratribus,
 Observata lege plene
 Cibis in legalibus;
 Cibum turbæ duodenæ
 Se dat suis manibus.
 Verbum caro, panem verum
 Verbo carnem efficit:
 Fitque sanguis Christi merum,
 Et si sensus deficit:
 Ad firmandum cor sincerum
 Sola fides sufficit.
 Tantum ergo Sacramentum
 Veneremur cernui:

Et antiquum documentum,
 Novo cædat ritui:
 Præstet fides supplementum
 Sensuum defectui.
 Genitori, Genitoque
 Laus et jubilatio,
 Salus, honor, virtus quoque,
 Sit et benedictio:
 Procedenti ab utroque
 Compar sit laudatio. Amen.

En llegando al monumento todos se colocan en dos coros, de tal modo que el turiferario y el preste bajo del palio puedan pasar por medio de ellos. Los que llevaron el estandarte, la cruz y los ciriales se quedan fuera sin entrar en la capilla del monumento. El celebrante llega ó sube al altar de éste, y sobre los corporales que estarán ya estendidos sobre la mesa, pone ó deja el cáliz, hace genuflexion, y con cuidado de no volver las espaldas al Señor, baja un poco la- deado á la primera grada; allí se arro- dilla, y le quitan la banda ó velo super- humeral. Los que llevaron el palio lo recogen y lo dejan allí cerca donde no estorbe, para la procesion de mañana. Se levanta el preste; pone de nuevo inci- enso en el turíbulo sin bendicion ni ósculos, y arrodillado en la grada de la peana inciensa tres veces á su Magestad; cantando entonces los cantores el ver- sículo *Tantum ergo, etc.* De manera que aunque la procesion sea tan larga que se haya llegado antes de este verso, jamás se dirá hasta llegar al monumen- to, sino que se repetirán los que sean necesarios. Ni aunque sea tan corta que no se hayan cantado todos, se omitirá cualquiera otro verso en llegando el Señor al monumento. En habiendo inci- ensado el preste al Sacramento, entre- ga el turíbulo al turiferario: se levanta, sube á la mesa del altar, hace genufle- xion; toma el cáliz con la mano derecha y lo pone en la urna, poniéndole alguno de los asistentes las gradas, si son necc-

sarias. Colocado el cáliz en la urna, hace otra genuflexion, cierra la puerta con su llave, y la sella si hubiere costumbre: se pone á sí mismo al cuello la cinta de que pende la llave, hace genuflexion, y baja un poco ladeado al llano del monumento. Allí se arrodilla, hace oracion por un breve rato, se levanta, vuelve á hacer genuflexion con ambas rodillas, y precedido de la cruz y ciriales, y acompañado de los demas asistentes, se vuelve al altar mayor ó de los officios con la cabeza cubierta.

ALOCUCION

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE PIO IX,

*pronunciada en el Consistorio secreto celebrado
9 de diciembre de 1854.*

Venerables hermanos: Tenemos un singular placer y nos regocijamos en el Señor viéndoos hoy, venerables hermanos, en tan crecido número reunidos en torno nuestro, á vosotros á quienes podemos llamar en verdad nuestro gozo y nuestra corona. Porque, efectivamente, sois una porcion de aquellos que participand enuestrostrabajosycuidadosenapacentar la grey universal que el Señor ha confiado á nuestra humildad, en defender los derechos de la Iglesia católica, y en allegarle nuevos discípulos que sirvan y adornen con sincera fé al Dios de justicia y de verdad. Así que lo que Cristo Nuestro Señor dijo en otro tiempo al Príncipe de los Apóstoles: «Y tú una vez convertido confirma á tus hermanos,» parece ser lo que en las presentes circunstancias nos toca hacer á Nos, que por la gracia divina hemos sido puestos en lugar suyo á pesar de nuestra indignidad; es decir, á hablaros, venerables hermanos, no para recordaros vuestros deberes, ó escitaros cual si fuéseis tibios, sabiendo como sabemos estais inflamados

del celo de estender la gloria de Dios, sino para que alentados y consolados como por la misma voz del Bienaventurado Pedro que vive y vivirá en sus sucesores, encontreis en ella, en cierto modo, nuevas fuerzas para trabajar por la salud de las ovejas que se os ha confiado y para sostener los intereses de la Iglesia con valor y firmeza á través de las dificultades de la época presente.

Y por cierto que no ha habido que vacilar en cuanto á saber á qué especialísimo patrocinio debíamos recurrir principalmente para alcanzar del Padre celestial que su gracia nos ayudase á hablaros con fruto; pues que habiéndoos reunido en rededor nuestro para unir vuestro concurso á la solicitud y celo que tenemos por propagar la gloria de la augusta Madre de Dios; hemos suplicado fervorosamente á la misma Santísima Virgen, á quien la Iglesia llama Trono de la Sabiduría, se dignase concedernos un rayo de la divina sabiduría que nos iluminase para deciros lo que mas pueda contribuir á la conservacion y prosperidad de la Iglesia de Dios. Considerando, pues, desde lo alto de esta Silla, que es como la ciudadela de la Religion, los funestos errores que en estos tiempos tan dificiles se difunden en el orbe católico, nada Nos ha parecido mas oportuno que indicároslo á vosotros mismos, venerables hermos, con el fin de que empleeis todas vuestras fuerzas en combatirlos, vosotros que os hallais constituidos en custodios y centinelas de la casa de Israel.

Vémonos precisados todavia á continuar deplorando la exitencia de una raza impía de incrédulos que quisieran esterminar todo culto religioso, si les fuese posible; á ellos hay que agregar, primeramente, esos afiliados en las sociedades secretas, que ligados entre sí con un pacto criminal no desperdician medio alguno para arruinar y destruir la

Iglesia y el Estado violando todos los derechos; y ciertamente que sobre ellos recaen aquellas palabras del divino Reparador: «Sois hijos del demonio y queréis hacer las obras de vuestro padre.» Aparte de semejantes hombres, debemos confesar que hoy la perversidad de los incrédulos inspira generalmente horror, y que se nota en los ánimos cierta disposición á acercarse á la fé y á la Religión. Bien sea que la causa de ello haya de atribuirse á la enormidad de los crímenes que cometidos principalmente en el último siglo deben atribuirse á los incrédulos y cuyo solo recuerdo estremece y llena de espanto; bien sea por el temor de trastornos y revoluciones que tan desgraciadamente conmueven los Estados y llevan la desolación á las naciones; bien sea, en fin, por la obra de aquel Espíritu divino que sopla en donde quiere, es evidente que el número de esos desgraciados que se jactan y glorían de su incredulidad ha disminuido en el día; y aun vemos recomendarse mas de una vez la honradez de la vida y de las costumbres, y que además surge en los corazones un sentimiento de admiración hácia la Religión católica; sentimiento cuyo brillo resplandece á todos los ojos como resplandece la luz del sol.

Esto, venerables hermanos, es ya un bien no pequeño y como una especie de progreso hácia la verdad; pero todavía quedan muchos obstáculos que desvían á los hombres para que no se unan desde luego á ella, ó para que al menos lo retarden.

Hay en efecto no pocos entre los que dirigen los negocios públicos que pretenden favorecer y profesar la Religión, que la prodigan elogios y que la proclaman útil y perfectamente adecuada á la sociedad humana, pero que al mismo tiempo quieren ellos arreglar su disciplina, gobernar á sus ministros é ingerirse en la administración de las cosas

santas; en una palabra, que se esfuerzan en encerrar á la Iglesia dentro de los límites del Estado y en dominarla, siendo así que ella es independiente, y que según el orden divino, no puede estar contenida en los límites de imperio alguno porque debe estenderse hasta las estremidades de la tierra y abrazar en su seno á todos los pueblos y naciones para enseñarles el camino de la eterna felicidad. Y ¡doloroso es decirlo! mientras que nosotros os hablamos en estos términos, venerables hermanos, acaba de proponerse en los Estados Sardos una ley que destruye los institutos religiosos y eclesiásticos, que conculca completamente los derechos de la Iglesia y los aniquila en cuanto es posible hacerlo. Pero en otra ocasión hablaremos en este mismo lugar acerca de este grave asunto. ¡Haga el cielo que aquellos que se oponen á la libertad de la Religión católica reconozcan al fin cuánto contribuye al bien público, exigiendo de cada uno de los ciudadanos la observancia de sus respectivos deberes que ella les enseña, según la doctrina celestial que ha recibido! ¡Haga el cielo que lleguen á persuadirse de lo que San Felix, nuestro predecesor; escribía en otro tiempo al emperador Zenon, cuando le decía: «nada es mas útil á los príncipes que dejar á la Iglesia la libre acción de sus leyes, porque cuando se trata de las cosas de Dios conviéndoles someter á los sacerdotes de Cristo la voluntad Real, y no preferir esta á aquellos!»

Hay además, venerables hermanos, hombres distinguidos por su ciencia, los cuales reconocen que la Religión es el mayor de los beneficios que Dios ha concedido á los hombres; pero los cuales no obstante se forman tan grande idea de la razón humana, y de tal manera la exaltan, que tienen la locura de igualarla á la misma Religión. Según la vana opinión de estos hombres, las

ciencias teológicas debieran tratarse del mismo modo que las ciencias filosóficas, siendo así que las primeras se apoyan en los dogmas de la fé, que son lo mas fijo y cierto que puede haber; en tanto que las segundas solo reciben su luz y esplicacion de la razon humana, incierta hasta lo sumo, porque varía segun la diversidad de las inteligencias y está sujeta á errores é ilusiones sin cuento. Así es que desechada la autoridad de la Iglesia se ha abierto ancho campo á las cuestiones mas difíciles y abstractas, y la razon humana, harto confiada en la debilidad de sus fuerzas, ha caido en los errores mas vergonzosos, errores que no hay á qué recordar aquí, pues sobre que Nos seria muy enojoso, los conoceis sobradamente y habeis podido ver cuán fatales han sido á los intereses de la Religion y de la sociedad. Por consiguiente, á esos hombres que ensalzan desmedidamente las fuerzas de la razon humana, conviene hacerles ver que esto es oponerse directamente á aquella sentencia tan verdadera del Doctor de las naciones: «Si alguno crée ser algo, siendo nada, como es, se engaña á sí mismo.» Es preciso mostrarles cuánta arrogancia encierra el escudriñar los misterios que Dios, en su bondad infinita, se ha dignado revelarnos, y el pretender que los alcance y comprenda la mente humana, tan débil y quebrantada, pues sobrepujan muy mucho las fuerzas de nuestro entendimiento, el cual, segun la espresion del mismo Apóstol, debemos cautivar en la obediencia de la fé.

Y esos partidarios, ó mas bien adoradores de la razon humana; que la toman en cierto modo por maestra infalible y que se prometen encontrar bajo sus auspicios toda especie de felicidad, han olvidado sin duda cuán grave y terrible herida recibió la naturaleza humana de la culpa de nuestro primer

padre, herida que oscureció su inteligencia é inelinó su voluntad al mal. Esta es la causa porque los mas célebres filósofos de la antigüedad, al paso que escribian admirablemente sobre muchas materias, mancharon su enseñanza con los errores mas graves; y de ahí esa lucha continua que sentimos en nosotros mismos y que hace decir al Apóstol: «Siento en mis miembros una ley que se rebela contra la ley de mi entendimiento.» Ahora bien; siendo indudable que por la culpa original, propagada en todos los hijos de Adán, se ha menguado la luz de la razon y el género humano ha decaido miserablemente del antiguo estado de justicia é inocencia; ¿quién puede creer que la razon baste para adquirir la verdad? En medio de tantos peligros, y en tan gran debilidad de nuestras fuerzas; ¿quién puede negar que para no vacilar y caer son necesarios para la salud los ausilios de la Religion divina y de la gracia celestial? Dios en su bondad dá estos ausilios copiosamente á los que los piden por medio de una oración humilde, porque escrito está: «Dios resiste á los soberbios, y dá la gracia á los humildes.» Por esto Cristo Nuestro Señor, hablando con su eterno Padre, afirmó que los sublimes misterios de la verdad no fueron manifestados á los prudentes y sábios de este siglo, que se envanecen de su ingenio y de su ciencia, y se niegan á prestar la obediencia de la fé; sino á los hombres humildes y sencillos, que ponen su apoyo y su descanso en los oráculos de la fé divina. Es necesario que inculqueis esta enseñanza saludable en el ánimo de los que exageran la fuerza de la razon humana hasta el punto de atreverse á escudriñar y esplicar por ella aun los misterios, empresa de una ridiculez y locura sin igual. Esforzaos á sacarlos de tan gran perversidad de espíritu, haciéndoles entender

que la autoridad de la fé divina es el don mas hermoso que haya hecho á los hombres la providencia de Dios; pues ella es como la antorcha en las tinieblas y la guia que nos conduce á la vida , y que es absolutamente necesaria para la salvacion , porque «sin la fé es imposible agradar á Dios, y el que no creyere se condenará.»

Con dolor hemos sabido que otro error no menos funesto se ha introducido en ciertas partes del mundo católico, y que ha encontrado acogida en el ánimo de muchos católicos que se imaginan debe esperarse bien de la salvacion eterna de todos aquellos que se encuentran fuera de la verdadera Iglesia de Cristo. De ahí es que no cesan de preguntar cuál será despues de la muerte la suerte y condicion de los que no profesan la fé católica; y seducidos por vanos razonamientos, esperan una respuesta favorable á esta perversa doctrina. ¡Lejos de Nos, venerables hermanos, pretender limitar la misericordia divina, que es infinita! ¡Lejos de Nos, el querer escudriñar los consejos y juicios misteriosos de Dios, abismo en donde al pensamiento humano no es dado penetrar! Pero es deber de nuestro cargo apostólico escitar vuestra solicitud y vigilancia episcopal, para que hagais todos los esfuerzos posibles por alejar del entendimiento de los hombres esa opinion tan impia como funesta, segun la cual en cualquiera Religion puede encontrarse el camino de la salvacion eterna. Emplead todos los recursos de vuestra capacidad y ciencia en demostrar á los pueblos confiados á vuestra solicitud que los dogmas de la fé católica en nada son contrarios á la misericordia y justicia divina. La fé nos prescribe creer que fuera de la Iglesia Apostólica Romana nadie puede salvarse, que ella es la única arca de salvacion, y que todo el que no entrare en ella perecerá en medio de las aguas del

diluvio; pero al mismo tiempo debe tenerse igualmente por cierto, que los que padezcan ignorancia de la verdadera Religion, si esta ignorancia es invencible, no son reos de culpa á los ojos de Dios. Pero ¿quién se atreverá á arrogarse el derecho de señalar los límites de semejante ignorancia, teniendo en cuenta las diversas condiciones de los pueblos, países, inteligencias y tanta otra multitud de cosas? Cuando libres de las ligaduras del cuerpo veamos á Dios tal como es, comprenderemos perfectamente el admirable é indisoluble lazo con que están unidas la misericordia y justicia divina; pero mientras permanecemos sobre la tierra encorvados bajo el peso de esta masa mortal que abruma al alma, creamos firmemente lo que nos enseña la doctrina católica, á saber: que no hay mas Dios, que una fé y bautismo. No es permitido intentar penetrar mas adelante. Por lo demás, y como la caridad exige, dirijamos á Dios incesantes súplicas para que las naciones todas se conviertan á Cristo, y trabajemos cuanto lo permitan nuestras fuerzas por la comun salvacion de los hombres; pues ni el brazo del Señor se ha acordado, ni los dones de la gracia celestial faltarán jamas á aquellos que sinceramente quieran y pidan el socorro de esta luz. Estas verdades deben grabarse profundamente en el entendimiento de los fieles, para que no se dejen corromper por las falsas doctrinas, cuyo fin es propagar la indiferencia en materia de Religion; indiferencia que vemos estenderse y difundirse por todas partes para perdicion de las almas.

(Se concluirá).

MADRID.

IMPRENTA DE HIGINIO RENESES,
calle de Valverde, 24.